

## Ocupación y procesos territoriales.

La forma en la que los seres humanos ocupan el territorio expresa cómo es su sistema económico, su cultura y cómo se relacionan con la naturaleza. Los procesos de ocupación territorial varían a lo largo del tiempo, pues cada sociedad usa los recursos y transforma el territorio de una manera diferente.

Desde el punto de vista territorial, un indicador de estas transformaciones es el proceso de artificialización del suelo, es decir, la superficie del territorio –natural o agraria- que ha sido transformada para instalar en ella usos residenciales, comerciales, industriales, equipamientos públicos o diferentes infraestructuras. Este proceso se ha incrementado significativamente en las últimas décadas, como se observa en el mapa adjunto. Se trata de un fenómeno que se ha generalizado por todo el territorio, pero que resulta especialmente significativo en la costa mediterránea y en el área metropolitana de Madrid. Para comprender estos cambios recientes, y sus consecuencias, es necesario analizar cómo las actividades económicas han transformado el territorio.

Las actividades agrarias fueron el soporte de la economía española hasta prácticamente la primera mitad del siglo XX. Desde entonces, y como consecuencia de las transformaciones experimentadas por el modelo económico, estas actividades han ido perdiendo progresivamente peso económico y social, aunque todavía utilizan extensas áreas del territorio. En el año 2006 la población activa agraria, que hace treinta años suponía el 20 % del total, apenas supera ahora el 5 %, no deja de descender y está cada vez más envejecida. A pesar de esta evolución, la agricultura española se ha modernizado notablemente y ha mejorado mucho su productividad. Actualmente España cuenta con un rico mosaico de sistemas y paisajes agrarios, muchas veces herencia del pasado, que constituyen un valioso patrimonio ambiental y cultural.

España se incorporó tardíamente a la primera revolución industrial del siglo XIX, que sólo alcanzó a algunas comarcas de Cataluña, el País vasco o Asturias, especializadas en actividades textiles o minerometalúrgicas. A partir de los años sesenta del siglo XX, España se convirtió ya plenamente en un país industrializado y desde entonces ha reforzado esa posición. La distribución espacial de la industria en España refleja grandes contrastes, tanto por lo que se refiere a las personas ocupadas, la producción obtenida o las inversiones de capital que deben hacer las empresas. Esa desigual localización no es casual, sino que se relaciona con la presencia de factores que atraen a las empresas: buenas comunicaciones, recursos naturales, áreas urbanas con mucha mano de obra y capacidad de consumo, cultura empresarial, etc.

Otra actividad que ha contribuido de forma notable en la economía española, así como en la transformación territorial y social de algunas Comunidades Autónomas, es el turismo. Tras un proceso iniciado en la década de los sesenta del siglo XX, España es actualmente uno de los principales destinos turísticos del mundo, pues el número de turistas extranjeros no ha dejado de aumentar. En su primera etapa, los visitantes se orientaron hacia el denominado turismo de “sol y playa”, por lo que las actividades turísticas se localizaron fundamentalmente en las costas de Levante, Andalucía, Baleares y Canarias. En la actualidad se está produciendo una diversificación de las preferencias de los turistas (turismo rural, cultural, de negocios, etc.), por lo que otras regiones españolas se están incorporando como

nuevos destinos. Aunque el turismo genera riqueza, su implantación en algunas zonas ha tenido un coste ambiental elevado.

Fruto del desarrollo experimentado, la economía española es actualmente una economía de servicios, de los que todos somos usuarios o consumidores. En ellos trabaja una amplia mayoría de la población ocupada en España, y representa el sector económico donde hay más mujeres incorporadas al mercado laboral. El mayor volumen de empresas y empleos en actividades de servicios se concentra en las provincias más pobladas y ricas, que cuentan también con las mayores aglomeraciones urbanas, aunque en los últimos años se constata un crecimiento notable de estas actividades en otras zonas como, por ejemplo, en el litoral mediterráneo, en provincias que limitan con las aglomeraciones metropolitanas o en algunas del interior peninsular. Un indicador de la progresiva incorporación de los españoles a la sociedad de consumo es la proliferación que, en las tres últimas décadas, han tenido los centros comerciales.

La evolución de las actividades económicas ha ido transformando también las ciudades españolas, que son el resultado de un largo proceso de urbanización. A pesar de los grandes cambios experimentados a partir de la segunda mitad del siglo XX, muchas ciudades aún conservan vestigios de su pasado, y en ellas pueden reconocerse las distintas fases de su evolución urbana. Hoy la población española se concentra en las ciudades, siendo la segregación residencial un rasgo característico de la organización de las áreas urbanas. Esta concentración de la población ha generado en España una red urbana desequilibrada y ha dado lugar a profundos cambios, tanto en el interior de las ciudades como en su periferia. En el interior, la rehabilitación y las grandes operaciones urbanas son prácticas de intervención usuales en la actualidad. En la periferia, el modelo de crecimiento urbano disperso –que tiene un alto coste ambiental– se está generalizando por todo el territorio. En las últimas décadas, el crecimiento de la superficie urbanizada en España ha sido espectacular, y muy superior al de los países de su entorno europeo.

La dispersión de las actividades económicas y el crecimiento de los espacios urbanos han incrementado la movilidad espacial, lo que ha producido un importante desarrollo de las redes e infraestructuras de transportes y comunicaciones. En España, el transporte de mercancías y personas se realiza prioritariamente a través de la red de carreteras. En contrapartida, el ferrocarril ha quedado relegado a un lugar secundario, situación que está comenzando a cambiar por la construcción de redes de alta velocidad. El tráfico aéreo ha aumentado enormemente en las últimas décadas, mientras que el transporte marítimo es el más utilizado para el movimiento de mercancías. Por último, los sistemas de comunicación han experimentado, en los últimos veinte años, un asombroso progreso, generalizándose el uso de los medios de comunicación, sobre todo de los audiovisuales.

Como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que ha experimentado España, la dinámica y estructura de la población española han cambiado profundamente a lo largo del siglo XX. Por un lado, se ha duplicado su población: de los 18.594.405 habitantes que había en 1900 se ha pasado a 44.108.530 en 2006, pero su distribución es muy desigual. A su vez, de ser un Estado que daba premios a las familias numerosas de cinco y más hijos, hoy se ha convertido en uno de los países del mundo con menor natalidad y tendencia al envejecimiento. Por otro lado, de ser un país en el que predominaba la emigración, por lo menos hasta 1975, ahora lo hace la inmigración. Por último, también se ha modificado sustancialmente la distribución de la población ocupada por sectores económicos.

El modelo territorial actual se caracteriza por la dispersión de las actividades y la población, lo que implica un elevado consumo de recursos (agua, suelo, energía), el incremento de los riesgos naturales y de la contaminación. La producción y consumo de energía eléctrica ha experimentado un gran crecimiento en España, al tiempo que ha incrementado su dependencia del exterior, pues la mayor parte se genera a partir de combustibles fósiles. En los últimos años se está realizando un esfuerzo por desarrollar energías alternativas, que tienen un menor coste ambiental y reducen la dependencia externa.

